

LA FILOSOFIA COMO LITERATURA

NOS HEMOS PROPUESTO investigar los elementos o ingredientes literarios de la filosofía. * En un primer tratamiento del tema destacamos algunos círculos de problemas que indudablemente tienen que ver con la literatura. Fijar la atención en la construcción gramatical de un sistema filosófico, en los estilos de los filósofos, en el género literario que ha elegido, o se le ha impuesto al pensador como forma o molde en que verter sus ideas, son, repito, problemas relativos a la expresión literaria de la filosofía.

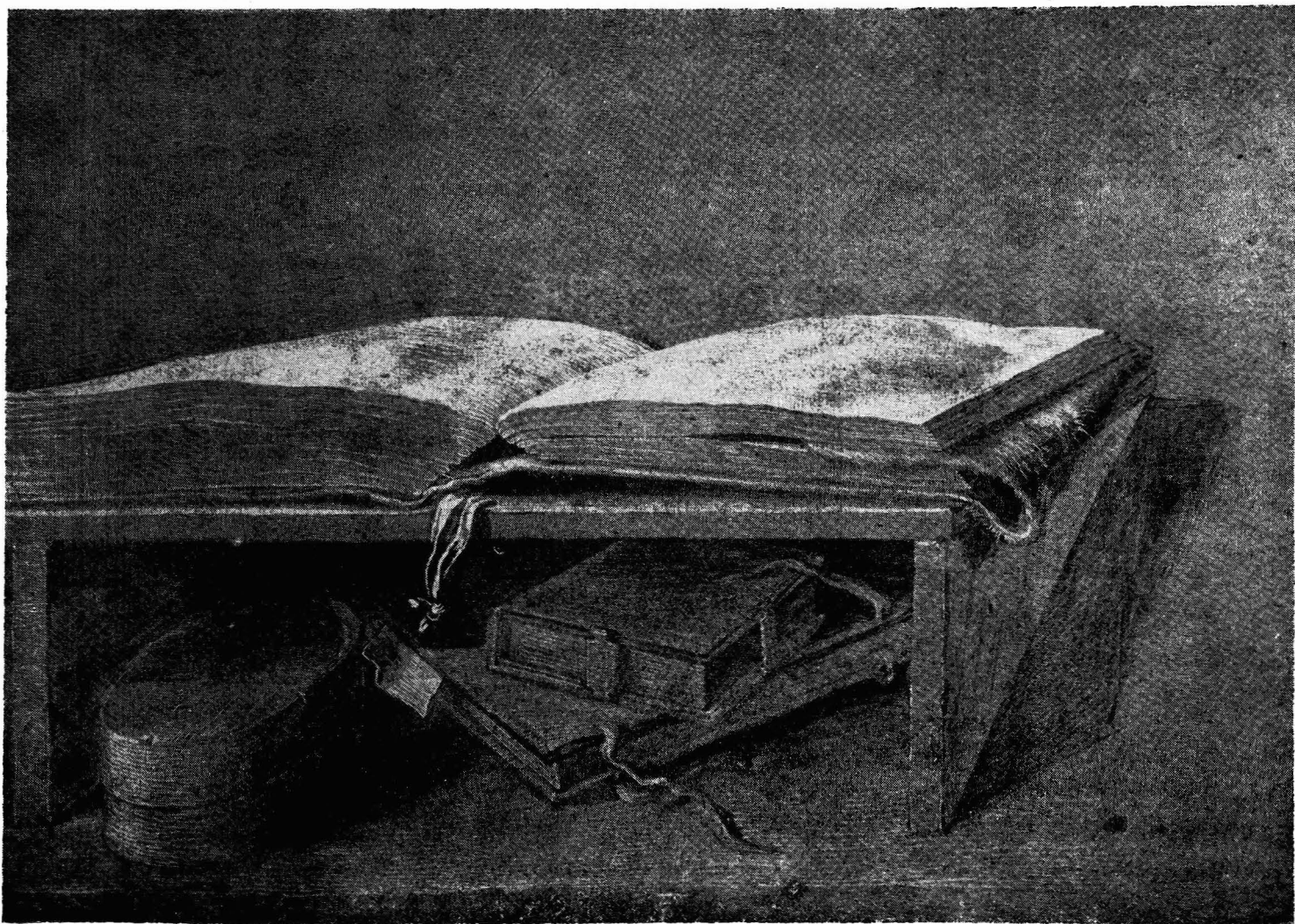
Para evitar desde un principio que se nos acuse de traficar con una ilícita abs-

Por Emilio URANGA

tracción metafísica, como sería la de hablar en general de la "filosofía", como si se tratara de una esencia eterna que estaría en la base de todo aquello que llamamos filosófico, lo mejor será que digamos que por filosofía entendemos este grupo de libros: *Los Diálogos* de Platón, la *Metafísica* de Aristóteles, el *Discurso del método* de Descartes, la *Ética* de Spinoza, el *Ensayo* de Locke, el *Tratado* de Hume, las tres *Críticas* de Kant, la *Teoría de la ciencia* de Fichte, la *Fenomenología* y la *Lógica* de Hegel, las *Tesis* de Feuerbach, las *Migajas* y el *Post-scriptum* de Kierkegaard, los *Manuscritos económico-filosó-*

ficos y la *Ideología alemana* de Marx, el *Mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, todas las *Obras* de Nietzsche, el *Análisis de las sensaciones* de Mach, *Materialismo y empiriocriticismo* de Lenin, el *Pragmatismo* de James, la *Evolución creadora* de Bergson, las *Investigaciones* y las *Ideas* de Husserl, *El Ser y el tiempo* de Heidegger, *El Ser y la nada* de Sartre, *Proceso y realidad* de Whitehead.

Con esta enumeración, que en principio tendría que ser interpretada como exhaustiva, pretendemos acotar el campo, en este caso el grupo de libros, que servirá como material de referencia de las tesis que hemos de sostener. Se dirá de inmediato que la enumeración es arbitraria, la



A. Dürero— "tales libros acotan el campo en que concentramos la filosofía"

SUMARIO: *La filosofía como literatura*, por Emilio Uranga • *La feria de los días* • *Biblioteca Americana*, por Ernesto Mejía Sánchez • *Tres poemas de Dylan Thomas* • *El café*, por Juan García Ponce • *Memoria de las mayores traiciones que se puedan escribir* • *Notas a Piedra de Sol*, por Ramón Xirau • *Juan de Mairena*, por Raimundo Lida • *Vicios y virtudes de la provincia*, por Carlos Valdés • *Cesare Zozattini*, por Elena Poniatowska • *Música*, por Jesús Bal y Gay • *Cine*, por J. M. García Ascot • *Teatro*, por Juan García Ponce • *Anaquel*, por Francisco Monterde • *Grandeza, servidumbre y unidad del saber*, por Manuel Pedroso • *Libros*, por María del Carmen Velázquez, José María Lugo, Francisco Pineda, Huberto Batis, María Elba Gutiérrez, Bertha Esquivel Rivera • *Dibujos* de Sonia d'Aulnis de Bourouill y Juan Soriano.

elección sin fundamento. Muchos echarán de menos libros que tienen por indudablemente filosóficos y otros verían de buena gana que se excluyeran algunos nombres y títulos. En definitiva, la confección de la lista obedece a *sin-razones* autobiográficas, quiero decir, que un trasfondo personal regula su existencia, la plasma tal y como se presenta. No hay por qué negarlo, inclusive es un índice que señala directamente hacia un problema íntimamente relacionado con nuestro tema.

En efecto, si tales libros acotan el campo en que concentramos la filosofía, a su vez, cuando hablamos de *el filósofo* o los *filósofos*, tampoco queremos que se entienda una esencia flotante y abstracta. Las biografías, o en su caso las autobiografías de los autores de esos libros, son para nosotros lo que define al *filósofo* o a los *filósofos*. De modo que habría que completar la lista, en atención a sus autores, con toda una serie de documentos que nos permitan estudiar las vidas de estos personajes: cartas, diarios, conversaciones, testimonios de contemporáneos, iconografía, etc. Tendríamos así, en concreto, cerrado el coto de lo que hemos de estudiar bajo los títulos de *la filosofía* y *los filósofos*, o el *filósofo*. Lo *filosófico* es lo que hay en los libros y en las vidas de ese grupo de autores.

Es difícil suscribir la opinión de que la filosofía, en concreto alguno de esos libros, es comprensible sin una exposición autobiográfica. Los filósofos han expuesto sus ideas, pero a la vez han dicho casi siempre cómo llegaron a esas ideas. Casi nunca ha sido para el filósofo una cosa indiferente construir su sistema de ideas, sino que en su trama le ha ido la propia vida. Para muchos, empero, la verdad de una filosofía sería el resultado de una sustracción, lo que queda después de borrar en una exposición todo lo que se relaciona con las *sin-razones* autobiográficas. Pero aun en este caso extremo, en esta voluntad decidida de poner entre paréntesis al autor de las ideas, al filósofo, cuando se trata de presentar el contenido de un sistema de ideas, tal presentación se ameniza, o seazona, introduciendo atractivas alusiones *ad hominem*; aunque sea sólo como aderezo del cebo para captar y predisponer favorablemente la atención de los oyentes. El ingrediente autobiográfico se cargaría a la cuenta de lo *edificante*, de las concesiones a la piedad de los lectores, o a sus resistencias a ver por pudor cara a cara las ideas desnudas.

La autobiografía es, a mi parecer, un ingrediente casi esencial de toda filosofía. Y para el tema que nos preocupa es uno de los elementos indudablemente literarios con que se integra la filosofía. Podríamos formular la cuestión bajo la forma de silogismo hipotético: si la autobiografía es un género artístico y la filosofía entraña como esencial un elemento autobiográfico, la filosofía, por tanto, entraña un componente artístico. ¿O hay quien ponga en duda que la biografía y la autobiografía son géneros artísticos tan legítimos como el cuento, la novela o el drama?

Ya que tenemos la intención de dedicar un capítulo a la filosofía como autobiografía, o como "confesión personal", reservamos para ese momento tratar por extenso el tema, por lo pronto valgan estas ligeras indicaciones. ¿Cuál es en definitiva el sentido de una autobiografía, de una biografía? Hemos dicho antes que

de hacerle su lugar, cuando se habla del *sistema* o de la *verdad*, tal lugar sería modesto y vergonzoso, entraría en la vanidad de ser amenos, de agradar, de no hacerse pesados cuando se expone una filosofía, o lo que es quizá peor, de mostrarse edificante, humano, compasivo, de dar a entender que la verdad no se desarraiga de lo humano, sino que forma cuerpo con él, y participa de sus debilidades siempre saludadas con gusto por recordarnos que todos participamos de un destino común, los filósofos y el resto de los mortales. ¿No decía Freud que en definitiva lo que autorizaba sus exploraciones psicoanalíticas de Leonardo y de Moisés, era mostrar que nadie escapa de la naturaleza humana?

Las autobiografías y las biografías de los filósofos nos permiten ver cómo es que la *verdad* se arraiga en la vida, se implanta, crece alimentada por ella. Para una filosofía, como la de Ortega y Gasset, en que la *vida* es la realidad radical en el sentido en que todas las otras presuntas o consistentes realidades aparecen en ella, ¿cómo sería concebible la filosofía

sin el aporte, sin el componente autobiográfico?

¿Qué es una autobiografía, qué es una biografía? ¿Qué exigencias pretende satisfacer? ¿Cómo han entendido la autobiografía los filósofos? ¿Han innovado el género? De la autobiografía de San Agustín, sus *Confesiones*, se puede afirmar sin sombra de duda que es una innovación portentosa, nada menos que el descubrimiento, por tanto la primera vez que un hombre cae en la cuenta de que puede narrar algo que se llama su "interioridad", su mundo interior, que la literatura se puede apropiarse esta realidad hasta entonces esquiva o no presentida, puesto que hacer literatura era decir cosas de afuera, describir, poetizar lo real, no las sombras de la caverna interior. Pero aun sin innovar, las autobiografías de los filósofos forman una galería de cuadros amenos, la parte agradable del museo que es la filosofía.

Esto dicho sin tocar siquiera el problema que está en la base, o sea, que hay quien cree que la autobiografía es una necesidad para el filósofo, una parte de su método. Traducido al lenguaje que nos interesa: que el género *autobiografía* es el más apropiado para recoger eso que llamamos *filosofía*, más apropiado, más necesario que escribir un sistema, un tratado, un ensayo. Contar la vida se parece mucho a exponer las ideas. El sistema crece paralelamente a la vida del filósofo. Hay el Marx, el Hegel, el Kant "jóvenes", el Platón, el Aristóteles de "la vejez", y llega a hablarse hasta de que Kant "chocheaba". Y estas caracterizaciones se transportan de la vida al pensamiento, las ideas de estos filósofos son *jóvenes*, *viejas*, *de madurez*.

Ortega y Gasset con su impertinente ensayito lanzó sobre Goethe la importante sugerencia de una *biografía interior*, de los filósofos vistos *desde dentro*. Generalmente se traduce, y se traduce mal, tal exigencia hablando de *biografía intelectual*. Tal denominación es un eslabón intermedio entre exponer al desnudo las ideas, con sus articulaciones lógicas, exponerlas articulándose, no por la lógica, sino por las ocurrencias biográficas del filósofo. Hay infidelidades a la lógica por ser fiel a un capricho que llevamos entañado en nuestra propia vida. La biografía desde dentro se movería en estos terrenos. Los alemanes han creado muy recientemente un nuevo tipo de "biografía" que llaman "morfológica" y que consistiría, no tanto en ver cómo el personaje se va modificando, sino por el contrario, cómo es que echa siempre un puente por encima de sus cambios, cómo hay siempre una especie de constante o de carácter que define la actitud ante la vida, ante el mundo, ante los otros y que dice con precisión por qué a tal o cual cosa la llamamos kantiana, hegeliana, cartesiana. ¿Qué quiere decir que esto es kantiano? En las nuevas biografías de Goethe el intento ha funcionado a maravilla. Hoy podemos decir con precisión que es "goetheana" toda actitud que convierta en principio de su vida esta convicción: "exponerse es corromperse", "la superficie de la vida se protege endureciéndose", "no hay que mezclar la vida moral con la vida social", y por este tenor toda una serie de formulaciones que avisan que la ley de la vida es preservar un núcleo frágil y que quien

(Pasa a la pág. 9)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Jefe de Redacción.

Juan Martín.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, Obregón, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 2.00

Suscripción anual: " 20.00

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETROLEOS MEXICANOS.

—Sí. Todo el mundo me dice eso, contestó él, agradeciéndole que le hubiera permitido hablarle de ella.

En ese momento un camión, con el escape abierto, pasó por la calle y su estruendo cubrió todos los demás sonidos. Ella sólo pudo agregar:

—Se le va a enfriar el café.

—Sí, gracias—, terminó él. Y se inclinó sobre la taza.

Consuelo se alejó sin prisa, dio la vuelta y se sentó junto a la vieja, que dormía plácidamente.

“Tiene veinticuatro años. No puede ser. ¿Qué habrá pasado con la muchacha? Yo lo vi besándola. Debí preguntarle cómo se llama. Tengo que saberlo.”

Poco después la vieja se despertó y le preguntó si no iba a cerrar. Ella le contestó que todavía había un cliente y la vieja volvió a dormirse, pero él oyó esto desde su mesa, pensó que no tenía sentido seguir allí, sentado, sintiéndose cada vez más solo y pegó con la cucharilla en la taza para llamarla. Consuelo escuchó el sonido, se prometió a sí misma no dejarlo ir sin preguntarle cómo se llamaba y se dirigió a la mesa.

—La cuenta, por favor —dijo él.

—Sólo es un peso —respondió Consuelo.

El se metió la mano en el bolsillo, sacó un billete y varias monedas sueltas, le entregó el billete, se levantó y después de dudar un momento, dejó las monedas sobre la mesa. Ella volvió a sonreírle.

—¿Cómo se llama?

—Carlos —contestó él.

Se puso el impermeable, recogió el libro y se dirigió a la puerta. Antes de salir se volvió hacia ella, que estaba de pie, inmóvil, a unos cuantos pasos de la mesa, y le dijo:

—Buenas noches.

—No deje de venir —se atrevió todavía a replicar ella.

El sonrió y salió a la calle. El viento helado se coló junto con el quejido de la puerta. Consuelo recogió las monedas y se las guardó en la bolsa, luego tomó la taza y fue a dejarla a la barra.

“Ahora vendrá solo”, pensó, alegre. Después, muy quedo, pronunció su nombre: Carlos. Volvió a repetirlo más fuerte: Carlos. Pasó saliva, sonrió y fue a sentarse.

Cuando un cuarto de hora más tarde la vieja volvió a despertar y le preguntó si no pensaba cerrar, ella se levantó sin responderle nada; se puso un suéter, salió a la calle y bajó las cortinas de hierro. Después, llevó a la vieja a su cuarto, la acostó, apagó las luces y ya sola en su cama escuchó con atención las respiraciones de los demás, rítmicas y pausadas. Los niños se movieron en la cama, haciéndola chillar; ella suspiró y sonrió, alegre; después cerró los ojos y lo imaginó al día siguiente, sentado en su mesa en el rincón.

Afuera una nube, impulsada por el viento, cubrió por un momento la luna. El cielo se había despejado por completo y las estrellas brillaban en el silencio de la noche. Bajo ellas, él caminaba sin rumbo fijo, con el cuello del impermeable subido, las manos en el fondo de los bolsillos y el libro bajo el brazo, pensando: “Es inútil. No voy a volver a pasar por su casa; ni voy a regresar al café... No tiene sentido.” La luz de una ventana le iluminó la cara por un momento. Después, dio la vuelta en una esquina y se perdió de vista.

LA FILOSOFIA COMO LITERATURA

(Viene de la pág. 2)

cree que sin ello se puede vivir está condenado a naufragar. Esta “biografía”, esta “morfología” se expresa infatigablemente en gestos, en costumbres, en actitudes, en ideas, en manías, y saberla rastrear es aprender a conocer, a localizar a nuestro personaje.

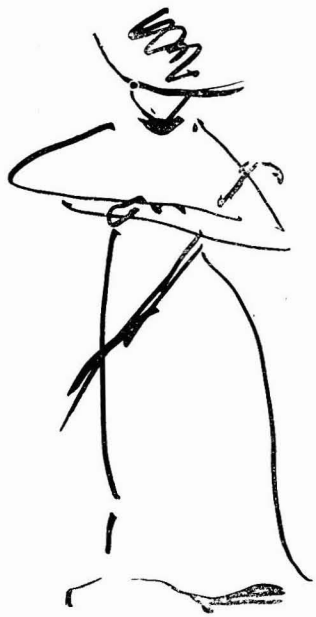
Basta recordar que entre nosotros, los intentos de don Américo Castro se mueven en una dirección semejante. ¿Quién podrá dudar que un análisis semejante ayuda a precisar los componentes literarios de una filosofía, más aun, que está montado precisamente en un análisis de la “experiencia literaria”?

Pero demos la palabra a los escépticos. Cerremos estas alusiones recordando las duras palabras de Hegel. En la filosofía no debe hablar el “yo”, sería tanto como

por literatura? Al final de nuestro primer “capítulo”, más exactamente “propuesta”, dijimos que nos reconocíamos deudores de don Alfonso Reyes en lo tocante a la “caracterización” de lo literario, que si pretendemos confrontar literatura y filosofía ello era posible, porque con *El deslinde* se nos brindaban indispensables hilos conductores en la labor de cernido. No hemos olvidado esta indicación. Pero por lo pronto nos bastará dar un brochazo, dibujar en grandes rasgos nada más lo que entendemos por literatura. Las ideas de don Alfonso Reyes van a servirnos para operaciones de calibre más fino. Por lo pronto andamos todavía borroneando, estamos en la etapa “tachista” de nuestra formación pictórica.

¿Qué es la literatura? Para orientar, o *enrumbar*, como dicen los colombianos, hacia la respuesta lo mejor es decir lo que presumiblemente *era* la literatura, lo que era antes de que naciera la idea que hoy tenemos de la literatura. Pues bien, la literatura era, ante todo, preceptiva, norma, canon. La literatura era lo que habían hecho los clásicos, los especialistas de la norma, de la medida, de la ley. Los demás eran simplemente imitadores, seguidores, y entre más dóciles mejor. La literatura era, para los “modernos”, una desesperación, lo inaccesible a la vez que lo inmarcesible. En una palabra: la literatura se definía por su ausencia, quiero decir para todo el que no había sido clásico. De ahí el prestigio de las “falsificaciones”. Hacer “pasar” por clásica una obra “moderna” debió estremecer de alegría. La buena literatura era la que daba el “gatazo” de ser antigua. Ante todo se investigaba si una novela era una novela, si una poesía era una poesía y si un drama era un drama. Y los que conseguían ajustar la vida a la preceptiva eran los literatos. Los que simplemente escribían se separaban de los literatos como por un abismo. A nadie le venía en mientes creerse literato porque escribía. No bastaba escribir, ni siquiera escribir bien, sino conforme a la ley, pues ¿qué sentido tenía decir escribir bien?

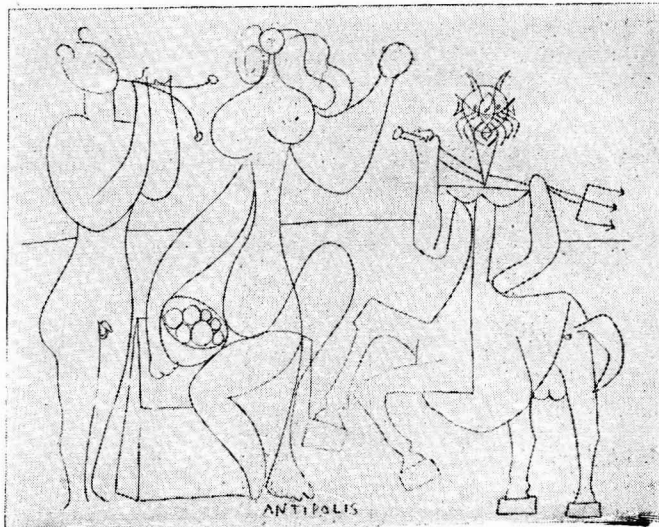
Hoy la literatura es otra cosa. *La literatura somos nosotros*, cada uno de nosotros. La literatura ya no es canon, sino aventura, es una aventura individual de expresión, o es el aventurarnos en búsqueda



“ilícita abstracción metafísica”

añadir la vanidad al error. Si una filosofía cualquiera sufre siempre de verse motejada de “error”, ¿qué ventaja tiene añadir a este presumible error la vanidad de decir que es mío y contar pormenorizadamente cómo me hundí en él?

Resumamos los pasos de nuestra pesquisa. Hemos acotado, para gusto de “fiscalistas”, el campo de experiencia en que pretendemos demostrar nuestras tesis, hemos hecho de la filosofía una biblioteca y de los filósofos un conjunto de biografías. Tomadas estas precauciones parece que podemos ya empezar a entresacar, a rastrear y detectar, lo que en esas vidas y en esas obras hay de “literatura”; pero nos detiene un escrúpulo de definición. Si hemos concretizado lo que entendemos por filosofía ¿por qué hasta hoy dejamos en lo borroso lo que entendemos



Picasso—“pudor de ver cara a cara las ideas desnudas”



KLEE. TIERE IM GEHEGE. 1938

"aventura individual de expresión"

da de una expresión personal. La literatura ha venido a convertirse en la propia vida, el carácter o la falta de carácter que acusa en cada caso es el reflejo fiel de la persona, no su deficiencia ante una norma o el acierto de su imitación. En definitiva, que tan inimitable es hoy como antes, pero primero lo era por ser inaccesible como una norma, tan incumplible cabalmente como una ley moral, y después por la imposibilidad de ser el otro. Cada quien tiene su vida y el estilo de su vida, éste no se lo puede arrebatar nadie y el secreto de la originalidad muere con nosotros, es nuestra propia originalidad. No puede haber recetas, normas, cánones; hay ímpetus, pasiones, torturas, tanteos, experimentos, búsquedas, hallazgos, la forma se va desarrollando conforme se escribe, no preexiste al acto de escribir, no es un cómodo esquema para rellenar. Cuando nace sin forma, tal es su forma, cuando surge ceñida y precisa, tal es también su forma. Lo que le falta a la primera y sobreabunda en la segunda no se puede suplir o recortar recurriendo a las preceptivas. De ahí la llamada crisis de los géneros literarios, la prosa poética, la poesía prosaica. No sé quién se ha atrevido a decir, con gran acierto, que la prosa española del siglo xx es más poética que toda la poesía del xix.

Y ahora preguntemos dispuestos a responder con sinceridad: ¿se puede decir de la filosofía que es literatura en el sentido que acabamos de definir? Indudablemente. Pero procuremos medir el alcance de nuestra respuesta y su significación. Podríamos por lo pronto abonar la respuesta de que ese grupo de obras de que antes hemos hablado y que han acotado el campo de lo que queremos se entienda por filosofía son cada una de ellas, tomada en sí misma, individualizada, una prodigiosa aventura de expresión, tan libre, tan cabal como cualquier pintura moderna. ¿No decía Chesterton que después de haber leído un tratado de metafísica le dejaban impávido las novelas policíacas? Y, efectivamente, internarse en esas obras es abandonarse al flujo de búsquedas de expresión que no conocen más ley que la propia pasión de expresarse. Ortega y Gasset decía de las críticas kantianas que le sugerían la arborización barroca de las catedrales góticas, los ensayos de Leibniz, dijes y aderezos dieciochescos; a García Bacca el *Ser y el tiempo* le recuerda una pintura cubista, Bergson es impresionista, etc. La filosofía ha sido en estas obras una aventura que para expresarse ha tenido que echar mano de la más desbordante fantasía. Repárese que cuando las gentes no dan con la medida de una expresión, que cuando tramonta sus cuadros sociales de comprensión, hablan de fantasía. En una palabra, la filosofía ha tomado en se-

rio la definición actual del lenguaje: el lenguaje permite decirlo todo, no hay barrera de desatino, de locura, de sinsentido, de absurdo que impida decir algo. Todo se puede decir y la filosofía lo ha dicho todo. La filosofía fue literatura moderna cuando la literatura todavía andaba encorsetada por la preceptiva. Léase a los presocráticos: envidia de los poetas modernos.

Hagamos ahora una salvedad. La filosofía no ha sido siempre vista como lo que es hoy la literatura, sino como lo que fue ayer la literatura. Y por otro lado es innegable que hay una filosofía sin sentido de aventura: la escolástica. Desde luego no Santo Tomás. Pero una larga cauda de epígonos nos hacen olvidar la excepción. Hay, por tanto, la variedad no literaria de la filosofía, la filosofía de precepto, de manual. Entiéndase bien: no la lógica, ni mucho menos la lógica matemática. Esta es filosofía en serio, aventura, audacia, invención, fantasía, literatura, en el sentido en que acabo de precisar.

Resumamos antes de ir adelante. Nos hemos propuesto investigar la expresión literaria de la filosofía. Por lo pronto filosofía significa para nosotros un conjunto de obras que antes enumeramos. En una primera aproximación hemos dicho que sería un desacierto desvincularlas de las biografías o autobiografías de sus autores, en una segunda aproximación, hemos propuesto una caracterización de la literatura moderna que nos permite ver en esas obras, por excelencia, aventuras individuales de expresión, "aventuras de ideas", como diría Whitehead. Quien sienta desprecio por la literatura moderna y aprecio por la filosofía, protestará quizás al oírme decir de esas obras que son literatura. Pero quien aprecia la literatura moderna me acompañará en el juicio: en tal sentido, también la filosofía toda, no sólo la moderna, es literatura.



"¿por qué añadir vanidad al error?"

JERONIMO DE PASAMONTE

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO publicó, en 1953, en el tomo XC de la Biblioteca de Autores Españoles (continuación de la colección Rivadeneira) varias "Autobiografías de soldados". Entre ellas, Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte cuyo único manuscrito, de la Biblioteca Nacional de Nápoles, fue publicado por R. Foulché-Delbosc, en 1922, en el tomo LV de la Revue Hispanique. "Creo que la única alusión a él anterior a su publicación —dice Cossío— se debe a don Marcelino Menéndez y Pelayo. El gran polígrafo le conoció y a él se refiere en sus estudios sobre los orígenes de la novela. Califica de "curiosa" esta autobiografía de Fray Jerónimo de Pasamonte, que anduvo cautivo en Berbería, y cuenta en su libro famosas historias de hechicerías, de las cuales fue víctima su autor en Italia y España." Como advierte Foulché-Delbosc, el maestro montañés debió leer ligeramente el manuscrito, pues ni Pasamonte, pese a sus deseos, llegó nunca a ser fraile, ni en España experimentó hechicerías, aunque en cambio protecciones sobrenaturales según su juicio, y si abundantemente en Italia."

Don Marcelino se refiere, anteriormente, al citado manuscrito en una carta a Pereda, fechada en Nápoles, marzo de 1877, tildándola, entre paréntesis, de "harto ridículo" (Estudios y discursos de crítica y literaria, V, p. 332.) Hurtado, de la Serna y González Palencia en la sexta edición, corregida y aumentada, Madrid, 1949, de la historia de la literatura española, aseguran que el libro "tiene poco interés literario".

Jerónimo de Pasamonte, parece que aragonés, si es que existió fue contemporáneo de Cervantes. Como el autor del Quijote, soldado en Lepanto y cautivo de los moros. Sus intentos de fuga son de lo más vívido de su relato. En 1599 se casa, en Nápoles, con los resultados que el lector advertirá en las páginas que reproducimos.

"El estilo de escribir de Pasamonte —dice su último editor— es totalmente ajeno a toda preocupación literaria." De ahí una parte del interés. Nos encontramos con un escritor realista —uno más de la enorme serie española— de los que intentan decir las cosas como creen que son o fueron, sin importarles un ardite la sintaxis. Estamos en las antípodas del naturalismo, que quiere prescindir del autor o volverle de piedra.

El realismo español es mágico —y más en este caso en el que interviene directamente elementos sobrehumanos. "Realismo mágico", quizá no sea mala fórmula, aun para el socialista, si de novela se trata.

Aunque la Revista Universidad tiene por norma no publicar sino páginas inéditas, es difícil que los curiosos acudan, como no sea para consulta, a los mamotretos de la colección Rivadeneira. Por otra parte el relato de Pasamonte es tan vivo, tan divertido, que bien vale publicar este extracto aunque no sea más que para rectificar, una vez en la vida, la opinión de ese —otro— monstruo de la naturaleza que fue don Marcelino.

M. A.